

EL ESTADO DEMOCRÁTICO Y LOS PARTIDOS NECESARIOS

Arturo Sosa A.

¿Queremos realmente una Venezuela sin partidos, una Venezuela sin estos partidos, una Venezuela con otros partidos, con estos y con otros? ¿Qué Estado queremos para la Venezuela del mañana?

La respuesta no es simple. Cómo organizarse para la toma de decisiones públicas, el manejo del Estado y de los gobiernos, es la pregunta política por excelencia. Vale la pena, pues, hacérsela con toda la seriedad y las implicaciones del caso. De esa respuesta dependen las características del régimen político al que pretendemos contribuir a construir para producir un país mejor al que hemos tenido y tenemos, más aún, al mejor que podamos tener. Ése es el que queremos.

Los partidos políticos y sus representantes son vistos como los principales representantes de la situación actual de Venezuela. Son ellos los que tienen cuarenta años gobernando, legislando, manejando el sistema judicial. Son ellos los que vienen haciendo política y politiquería desde antes de la muerte de Juan Vicente Gómez. Son ellos los principales personajes del siglo XX venezolano, los que han decidido la suerte de la renta petrolera.

Los partidos políticos encarnaron durante varias décadas la esperanza de una Venezuela democrática y, por ende, mejor. Hoy en día, encarnan aquello que la democracia debe evitar. Los partidos hoy encarnan la demagogia, la incompetencia, la corrupción, la ausencia de ética política, es decir, lo peor. Si recurriéramos al extendido método de hacer un sondeo

de opinión para orientarnos sobre el papel de los partidos en la *Venezuela que queremos*, probablemente se llegaría a la conclusión de que se quiere una Venezuela sin partidos.

QUEREMOS UNA VENEZUELA DEMOCRÁTICA

La democracia como el régimen de gobierno en la mejor Venezuela que podemos tener es una de las características no negociables del modelo de sociedad que propugnamos. La democracia es una de las más importantes adquisiciones del patrimonio político venezolano en el siglo XX. Durante el siglo XIX se habló mucho de democracia, se luchó por conseguirla. Sin embargo, hace un siglo no se habían logrado ni las mínimas condiciones para experimentar la democracia. A finales del siglo pasado apenas comenzaban a darse las condiciones para experimentar la paz.

Conseguir las primeras condiciones para la convivencia social, a saber, la paz y un Estado Nacional centralizado, significó treinta y cinco años de dictadura personalista, sustentada en la idea positivista del orden como condición necesaria para el progreso y el Ejército profesional, bajo una única cabeza, mejor armado que sus contendores y bien alimentado desde el Tesoro Nacional.

La paz fue posible, en un primer momento, porque fue impuesta por los regímenes de los dictadores Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. En un segundo momento, porque se convirtió en parte constitutiva de las relaciones entre los venezolanos. La muerte de Juan Vicente Gómez, con la consiguiente apertura del régimen político, no dio al traste con la paz obtenida. El orden impuesto no lo era tanto. Respondía

a un profundo anhelo de la gente de Venezuela. Una vez adquirida, el pueblo venezolano la sigue manteniendo, hasta hoy, como un precioso tesoro.

La paz es sentida por los venezolanos como rasgo de su modo de ser democrático. Esa paz está hoy amenazada por la creciente violencia social, fruto de la injusta distribución de cargas y beneficios. Por eso, el pueblo reclama democráticamente que se garantice su seguridad en las calles y en sus vidas, es decir, que se mantenga la primera condición de la democracia, la paz fruto de la justicia en la producción y distribución de los recursos sociales.

Si hacemos un balance sereno de la experiencia política venezolana durante el siglo XX, tenemos que reconocer la superación del autoritarismo personalista como régimen de gobierno y estilo político. Este es otro paso democrático de primera magnitud. Democracia y autoritarismo son términos reñidos entre sí. Igualmente personalismo y democracia. La formación de partidos políticos, con diferentes enfoques y distinta suerte, desde la mitad de la década de los años veinte y, más aún, después de la muerte de Juan Vicente Gómez ha sido una contribución importante en la superación de los regímenes autoritarios.

Eso no quiere decir que los rasgos de autoritarismo y personalismo hayan desaparecido del todo de la cultura política venezolana. Se colaron y permanecen todavía en las conductas y procedimientos del Estado y los gobiernos, en las formas de organización de los mismos partidos, en el estilo de liderazgo, en las reacciones de la gente, etc.

Reconocer que hemos iniciado en el siglo XX a experimentar la democracia y que algunas de sus

Arturo Sosa A. es Superior Provincial de los jesuitas de Venezuela, doctor en Ciencias Políticas.

condiciones se han convertido en actitudes de los venezolanos es importante para plantear con realismo el proyecto de una Venezuela democrática en el futuro. Ni el reconocimiento a los pasos dados ni la propuesta de futuro son formas de cerrar los ojos a las limitaciones de la experiencia democrática hasta ahora vivida.

Hacia el futuro podemos pensar, con base en esta experiencia, en una democracia que tenga como sujeto a un pueblo de ciudadanos participando en el proceso de toma de decisiones públicas a través de una red pluralista de organizaciones civiles.

Así, ponemos delante el desafío de superar definitivamente el autoritarismo y el personalismo encarnando en nuestra cultura política actitudes participativas y sociales capaces de generar liderazgos alternativos y formas organizativas eficientes tanto en la sociedad como en el Estado.

CIUDADANOS, PRIMERA NECESIDAD

La condición sin la cual no es posible sostener lo adquirido y crecer en democracia es la existencia de ciudadanos. A lo largo del siglo XX, hemos dado algunos pasos hacia adelante y otros hacia atrás en este aspecto. Un paso indiscutible hacia adelante es la participación masiva de los venezolanos en la primera modernización del país. Lo que se ha hecho en Venezuela en términos de avanzar hacia una sociedad moderna no hubiera sido posible sin la convicción y acción constante de la mayor parte de su población. Los logros en esta dimensión son la demostración de haber adquirido rasgos ciudadanos propios de este siglo.

La aparición de los partidos y la presión del movimiento democrático asoció la ciudadanía a la militancia partidista y la participación electoral. En ambos aspectos, durante décadas, el pueblo venezolano demostró su interés en comportarse cívicamente.

Una vez consolidado el sistema de partidos y el Estado rentista, to-

Hacia el futuro podemos pensar en una democracia que tenga como sujeto a un pueblo de ciudadanos participando en el proceso de toma de decisiones públicas a través de una red pluralista de organizaciones civiles.

maron demasiado espacio las formas clientelistas de participación en los asuntos y dineros públicos. Por consiguiente, la participación electoral y la militancia en esta o aquella organización se empieza a medir por el beneficio individual que se consigue a través de ellas. El votante apuesta su voto a aquel candidato u organización de cuyo triunfo espera lograr algún beneficio para sus intereses particulares. El militante se inscribe en el partido y corriente interna que mejor calce a sus apetencias personales.

Este proceso significa al mismo tiempo una paulatina separación entre lo ético y lo político, al punto que lo primero queda reducido al ámbito de la vida privada de manera tal que lo público se convierte, por arte de esta magia, en el espacio donde la ética no es más que adorno verbal en las ocasiones, cada vez más frecuentes, que lo ameriten.

Sin duda que los partidos participantes en el pacto constitutivo del sistema de conciliación de élites, especialmente sus dirigentes de todo nivel, los proclamados dirigentes nacionales y "líderes fundamentales", tienen una enorme responsabilidad en esta pérdida patrimonial de ciudadanía. Para este momento del proceso, los partidos copaban casi todo el espacio político. Al introducirse como normal la relación clientelar entre militantes y dirigentes, entre ciudadanos y funcionarios de partido en función de gobierno, de Estado o de oposición, comportarse como ciudadano queda al margen de los procesos de toma de decisión política y de ejecución de políticas públicas.

Por eso, se da la paradoja del surgimiento de un movimiento ciudadano impulsor de reformas políticas que asocia el ser ciudadano a no ser militante de partido o sindicatos dominados por ellos. Por eso, los grandes opositores de las reformas políticas de los últimos años han sido los partidos políticos. Por eso, el venezolano común

de los años finales del siglo encuentra una contradicción efectiva entre ser ciudadano y formar parte de un partido político.

El proceso de empobrecimiento y ensanchamiento de las brechas sociales, consecuencia de las crisis de la renta petrolera de los últimos veinte años, produce otro fuerte detrimento al patrimonio de ciudadanía del pueblo venezolano. Las deficiencias del Estado y sus servicios, especialmente en lo que se refiere a su función principal de redistribuir los beneficios sociales con un mínimo de justicia, empuja a la búsqueda de soluciones individuales a los problemas, por consiguiente, a valorar los intereses particulares sobre cualquier interés colectivo.

A esto se añade el dominio de la concepción del mercado como el mecanismo regulador de las relaciones económicas y sociales en las cuales al Estado le corresponde apenas garantizar la fluidez de esas relaciones, interviniendo lo menos posible en aquellas áreas que el pacto social determine. En una concepción así, no se es ciudadano sino productor o comerciante, ganador o perdedor en el juego libre de sus leyes. Al Estado se le pide que regule las leyes del mercado y atienda a los perdedores a través de "programas sociales", mientras los "capacita" para volver al juego.

La primera necesidad para caminar hacia una sociedad democrática es recobrar el patrimonio de ciudadanía perdido y aumentar el activo de ciudadanos con los que se cuenta para la participación política. Realmente, podremos acusar un aumento del patrimonio ciudadano en términos reales cuando la mayoría de la población comparta una cultura democrática.

Ciudadanos con cultura política democrática son aquellos que sienten los intereses públicos como suyos en lo personal, familiar, laboral, etc. Aquellos que honestamente defienden sus intereses particulares y son capaces de ceder en beneficio del interés común. Son

Como consecuencia de la pérdida patrimonial de ciudadanía, se ha producido en Venezuela una Sociedad Anónima en lugar de una Sociedad Civil, aunque ésta se empeñe en usar ese nombre.

personas, porque se saben parte de unas relaciones sociales sin las que su vida carece de sentido. Por consiguiente, les duele lo público como sus propias posesiones individuales.

Necesitamos millones de ciudadanos para la Venezuela que queremos. Estos no van a surgir espontáneamente, sino como fruto de una sistemática educación política que logre revertir las actuales tendencias despolitizadoras presentes en la coyuntura actual. Una educación política que sane las heridas de los adultos para que puedan sentirse de nuevo integrantes de la sociedad y forme hábitos ciudadanos en los jóvenes.

UNA SOCIEDAD CIVIL

Si hay ciudadanos, habrá sociedad civil. Como consecuencia de la pérdida patrimonial de ciudadanía, se ha producido en Venezuela una Sociedad Anónima en lugar de una Sociedad Civil, aunque ésta se empeñe en usar ese nombre. En efecto, el uso extendido de la expresión "sociedad civil" coincide en este siglo XX con el momento de mayor desprestigio de las organizaciones partidistas y las instituciones del Estado, de manera que ella se entiende como distinta (independiente) y alternativa a ellas.

La sociedad civil es requisito para la democracia. Una sociedad civil politizada. La redundancia es necesaria en el actual ambiente político venezolano. Una sociedad civil formada por organizaciones de todo tipo y nivel, en las que se agrupan los más variados intereses que puedan existir legítimamente en una sociedad pluralista, culturalmente diversa y abierta.

Una sociedad civil se caracteriza por actuar en lo público, en el terreno de la toma de decisiones sociales y su ejecución. Parte ordi-

naria de esa sociedad civil son las organizaciones de los trabajadores para defender sus intereses de clase, es decir, los sindicatos. Igualmente son parte de la sociedad civil los partidos políticos dispuestos a ejercer el gobierno y realizar desde él sus propuestas sociales.

En el ámbito de la actuación pública, un ciudadano participa, de acuerdo a sus intereses, energía, tiempo y capacidades, en una o varias organizaciones de la sociedad civil. De esa manera, se realiza como ciudadano. Es, por consiguiente, perfectamente posible que un mismo ciudadano sea militante de un partido nacional, regional o local, al mismo tiempo forme parte activa del sindicato de la empresa en la que trabaja y sea socio de una asociación cultural de su barrio.

En sociedades complejas, como la venezolana del presente y el futuro, la participación efectiva y democrática de los ciudadanos en las múltiples exigencias de lo público exige la representatividad. Nadie puede estar en todo. Tampoco es un ideal que todos estén todo el tiempo en todas partes. Sería el modo de desperdiciar muchas energías sin llegar a hacer nada efectivamente.

Lograr que los representantes sean tales es uno de los mayores retos de la democracia. Un representante de una sociedad civil adulta es elegido como tal por sus capacidades y porque sus propuestas son bien vistas por la mayoría de los electores. Además de ser consecuente con esas propuestas en su acción representativa, tiene que dar cuenta a quienes representa y conseguir su aprobación para que sea realmente representante. Por su parte, los electores deben ser conscientes de lo que piden re-

presentar al candidato que eligen entre varios. Al mismo tiempo están en la obligación de mantenerse informados sobre la acción del representante y ser coherentes en la evaluación de su gestión.

UN ESTADO FUERTE Y EFICIENTE

Sobre el papel del Estado en lo que va de siglo, es necesario hacer también un balance sin apasionamiento. Por razones que se han repetido mil veces, el Estado venezolano es receptor exclusivo de la renta petrolera y su único distribuidor. La renta petrolera se convierte a partir de 1925 en el mayor ingreso no sólo del Estado sino de toda la economía venezolana. Las decisiones tomadas por los gobiernos, siguiendo el consenso de las élites modernizadoras, a partir de 1934 hacen de la renta petrolera el pivote del desarrollo moderno, y de la lucha por aumentarla, el cemento de la unidad política de la nación.

La "siembra del petróleo" no es otra cosa que el uso de la renta petrolera como la fuente de acumulación del capital necesario para el despegue de una economía moderna. No es un invento de los partidos políticos ni de sus gobiernos. Las élites civiles y militares que condujeron los gobiernos de los Generales E. López Contreras, I. Medina Angarita y M. Pérez Jiménez fueron las primeras y principales convencidas de esta idea, aunque alguno de sus sobrevivientes se empeñe ahora en afirmar lo contrario.

Las condiciones económicas de una Venezuela pre-moderna y un Estado receptor de ingentes ingresos rentistas son las condiciones para que el Estado sea el padre todopoderoso. Peor aún, cuando recordamos el escaso desarrollo institucional del Estado reducido, en la práctica, al Gobierno, especialmente durante los períodos dominados por las élites militares. Por varias décadas, entonces, el Gobierno ha sido el receptor exclusivo de la renta petrolera y su único

distribuidor.

Desde los tiempos de Castro y Gómez, en los que se da la centralización del poder necesaria para que podamos hablar de un Estado Nacional, hasta hoy, estamos a la espera de la consolidación de un Estado capaz de trascender los Gobiernos. Hemos tenido un Estado grande, demasiado grande, al mismo tiempo que débil, muy débil. Los gobiernos de partido tampoco lograron ir más allá de identificar gobierno y Estado. En fin, lo que hemos tenido también durante los últimos cuarenta años son Gobiernos representantes del pacto de élites en el que se ha basado el sistema político venezolano que han ocupado toda la formalidad del Estado de acuerdo a sus intereses cada vez más clientelares.

De allí, la importancia de la reflexión sobre el Estado Democrático en la mejor Venezuela que podamos tener. El Estado puede nacer como instrumento de la sociedad civil, cuyo sujeto es un pueblo de ciudadanos que comparten una cul-

Lograr que los representantes sean tales es uno de los mayores retos de la democracia

tura política democrática. Un Estado que representa en sus instituciones a la sociedad civil. Un Estado en el que la separación de poderes garantice esa representación de toda la sociedad civil y pueda ser el espacio de negociación política y el instrumento para adelantar las políticas públicas decididas, exigirle cuenta a sus ejecutores y dirimir los conflictos sociales.

En un Estado así concebido, pueden encontrar su puesto aquellos ciudadanos con vocación de servicio y capacidad técnica para realizar de un modo eficiente las muchas tareas que la sociedad civil pone en manos del Estado. Un Estado que debe manejar y administrar recursos tan variados como los de Venezuela y ejecutar eficientemente los servicios básicos para garantizar la vida y la justicia social requiere de miles de ciudadanos entregados vocacionalmente a esas funciones. Son imprescindibles muchos y buenos servidores públicos.

PRIORIDADES ACORDADAS

El siguiente paso en orden a constituir una sociedad democrática es la existencia de un proyecto de país que cuente con una aceptación mayoritaria, deje espacio a la disidencia y tenga establecidas claramente las prioridades.

Nuestra tradición política ha sido muy laxa en lo que se refiere a prioridades, al punto que se afirman tantas prioridades en tantos campos distintos que en la práctica no ha habido prioridades socialmente acordadas. En su lugar, las decisiones se han tomado de acuerdo a la capacidad de presión de las élites en el poder y tantas cuantos recursos públicos existieron en cada momento.

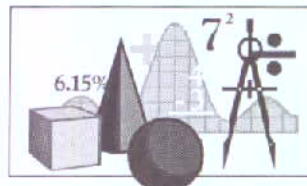
La sociedad civil tiene como primera función política establecer las líneas del país que se quiere y escoger el camino para hacerlo posible. Un proyecto político exige saber usar los recursos que se tienen o se pueden obtener



Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A. **LECTURA DE CALIDAD A SU ALCANCE**

30
años
1968 - 1998

✓ *Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.*, la editorial del Estado venezolano, empresa sin fines de lucro, ofrece títulos sobre temas muy diversos, con los precios más bajos del mercado, tanto en Venezuela, como el exterior.



✓ *Monte Ávila también va al colegio.* Dentro de nuestro extenso Fondo Editorial contamos con títulos de apoyo para estudiantes y docentes, recomendados por el Ministerio de Educación.



✓ Las publicaciones pueden ser adquiridas en la sede de *Monte Ávila* en La Castellana, en nuestra librería ubicada en el Teatro Teresa Carreño o en su librería de confianza.



✉ Av. Ppal. La Castellana con 1ra. Transversal, Quinta Cristina, Apartado Postal 70712. Caracas 1070 - Venezuela

E-mail: maelca@telcel.net.ve ☎ 265.60.20 • 263.85.08 • 263.87.83 (Telfax) ☎ de nuestra Librería: 577.54.89 • 577.83.78

Libros

y el orden (prioridades) en el que se van a usar. La función del Estado es garantizar el marco institucional que va a hacer posible ese modelo social y emplear los recursos públicos en las áreas y proporciones aceptados por la sociedad civil y en su representación.

LOS PARTIDOS NECESARIOS

La dinámica democrática exige en este punto la existencia de los partidos políticos. Subrayamos a conciencia el plural. No es democrática, en el sentido que venimos hablando, una sociedad de partido único o un Estado dominado sólo por una organización por eficiente y moderna que ésta sea. Como no es democrático un gobierno o un Estado que responda exclusivamente a las Fuerzas Armadas, que se colocan fuera de su rol de instrumentos del Estado para el ejercicio del monopolio de la violencia legítima y la preservación del territorio nacional.

Los partidos políticos son uno de los tipos de organización necesarios en el seno de la sociedad civil. En ellos se agrupan ciudadanos unidos por ideas comunes, capaces de proponer esas ideas en forma de proyecto de país y programas de gobierno, son capaces de llevarlos a cabo y se proponen a los demás ciudadanos como candidatos a ponerlos en práctica desde el gobierno.

La existencia de varios partidos políticos garantiza la existencia de alternativas de proyectos de país y hace patentes los consensos. La Venezuela que queremos, formulada así en singular, sólo puede ser fruto de un largo proceso que decante las diversas propuestas que existen entre los venezolanos hasta que se convierta en la representación de lo que se quiere como país.

Los partidos políticos necesarios son aquellos que se dan a la tarea de formular esos proyectos, comunicarlos a los ciudadanos, participar en su discusión, proponer personas, equipos de trabajo y programas para el gobierno nacional, regional y local para obtener su peso de representatividad en las diferentes instancias del Estado. Alguno de ellos logrará la mayoría necesaria para ejercer el gobierno nacional, regional o local. Su gestión estará vigilada por quienes desde otras instancias del Estado, en los cuerpos legislativos o colegiados, representan otras ideas o proyectos. Igualmente son vigilados constantemente por la opinión pública bien informada a través de la red de medios de comunicación social y rinden cuenta a los ciudadanos en los diversos modos e instancias que proponga la constitución del Estado.

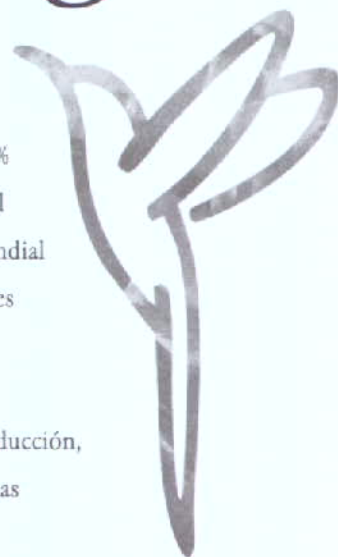
Un Estado que cuenta con un conjunto de funcionarios profesionales estable con gobiernos representativos de la voluntad libremente expresada de la sociedad civil puede avanzar hacia donde ésta quiera.

Los partidos políticos son necesarios pero no suficientes. No sustituyen a la sociedad civil ni al ciudadano en su participación política. Lo representan en la gestión que se les encomienda y mientras los ciudadanos lo desean.

Por aquí podemos avanzar hacia la mejor de las Venezuelas posibles, la que queremos. ■

Refugio

520 especies de aves
que representan el 40%
de la avifauna nacional
y el 5.6% del total mundial
se encuentran presentes
en un refugio
ecológico favorable
para la vida y la reproducción,
tanto de aves autóctonas
como migratorias...
el Parque Nacional



Henri Pittier.

Contribuye con nosotros
a consolidar el equilibrio
necesario para permitir
que esta avifauna,
diversa y única,
continúe habitando
en cada rincón del primer
parque nacional de Venezuela.



PROYECTO PITTIER

Parque, Hombre y Cacao

